

miento, aparece de nuevo Venero de Leyva, salvando en un instante las veintidós leguas que separan a Santafé de Tunja. Unas vez muertos los principales criminales, Hernán Bravo se arroja a la hoguera en que éstos habrán de ser incinerados, mientras que la pequeña Juana desaparece, al igual que en las otras versiones, pero lo hace en brazos de Pedro de Hungría.

Los ecos románticos no podían faltar, Juan de Avila, ya vengado, regresa a Carora para suicidarse sobre la tumba de su padre. Un espíritu surge del fondo del sepulcro, cual estatua del comendador, y habla a don Juan con la voz que Hamlet debió escuchar de labios del fantasma de su padre asesinado. Finalmente, para disolver la trama en final feliz, el espectro le grita: "¡Juan de Avila, vivid!". La aparición no es sino el propio Pedro de Hungría, ligado fielmente y por una misteriosa relación a don Juan, a quien entrega a su amada Juana. El resto será el manido lugar común que no necesitamos imaginar. ¿Se casarían y vivirían muy felices?

LUIS H. ARISTIZABAL

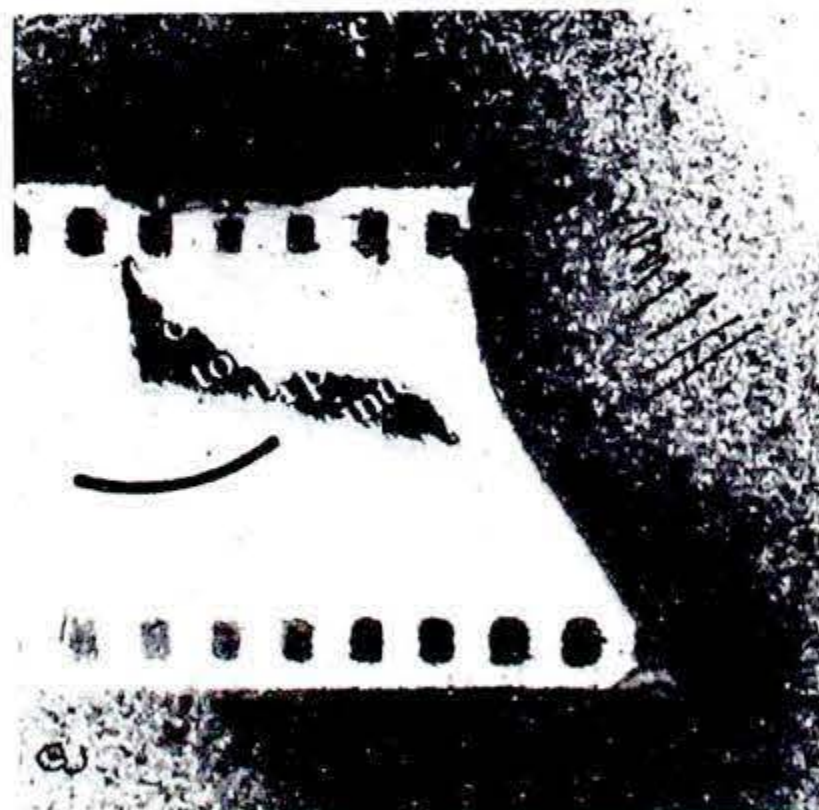
Larga lectura ha sido

Largo ha sido este día
José Manuel Crespo,
Editorial Plaza y Janés, Bogotá, 1987,
244 págs.

Largo ha sido este día — título muy bien puesto — es una novela sin historia para contar, ni protagonistas con caracteres inventados, ni un principio, ni un final, ni un hilo que nos arrastre tras las páginas. Consta de seis partes numeradas con romanos y con epígrafes, todos de Scott Fitzgerald.

Es un recuerdo del narrador, es nostalgia. Ocurre durante esa hora de la caída del sol cuando comienza la noche, lo cuenta en primera persona, ha regresado a Ciénaga, "esa tierra donde la gente se imaginaba las desgracias para evitar que sucedieran" (pág. 211). El, el protagonista, recorre la casa donde vivió, lo que queda de ella, observa los helechos y los tamarindos del patio, luego se va a las calles, a la ciudad, a las playas, al mar. Vienen encadenados los recuerdos: infancia, adolescencia, memoria. "Mi memoria (mi memoria es más vieja que los primeros helechos y anterior a los dioses de la lujuria y del vino)" (pág. 64).

Utiliza un recurso, alguien cuenta: el padre, la madre, la india Marina, o son las interminables charlas entre el abuelo y Alejandro Amarales o Armando Reverón; o una mujer cuenta que otra cuenta que un varón cuenta historias de héroes, de guerras, odios y violencia, sin tiempo y con espacio: Ciénaga, que a veces es Aldea Grande. "Mariana Campo contaba que Luisa Riascos relataba que su padre le había oído recordar al negro Laches ese miércoles de ceniza en que un hombre cubierto con una túnica andrajosa se apareció en la Calle de las acacias precedido por tres niños que llevaban una cruz de madera burda y dos espigas y algo como un susurro de temor que se fue propagando por el aire quieto..." (pág. 213).



Así es toda la novela, abrir en cualquier página y leer en cualquier orden, devolverse o adelantarse. Es toda prosa poética, donde resulta

difícil encontrar un punto seguido o un punto y aparte para respirar. José Manuel Crespo es un fabricante de frases bonitas, es un enamorado de las metáforas y las coloca en sucesión una tras otra como una golosina que empalaga. "Uno no comprendía. Pero algo iba empezando a comprenderse en uno cuando los espíritus escondidos en la música y la luz se soltaban y la angustia de los pájaros nocturnos se materializaba en esa hora profunda que fluía configurando un espacio virginal en que las cosas parecían esperar que nosotros les pusiéramos nombres y todo se quedaba en esa calma estremecida y de sabor oscuro en la que sólo un soplo brisa separaba los sueños de la muerte «era como si la tierra fuera una frágil cáscara de huevo» y de las ansiedades que se iban liberando un dolor y un desarraigo que habían trascendido para siempre las lindes en que podían recuperarse los recuerdos" (pág. 132).

Es canto a la naturaleza a lo largo de un atardecer, poemas a la luz, a la mar oceánica, a Ciénaga, presencia permanente de olores, sabores y colores, de magia, mucha magia repetida y repetida, la magia del Caribe que el autor va poniendo en boca de cualquiera. "Ciénaga estaba llena de mujeres que creían que las mandrágoras nacían del semen de los ahorcados, de gitanos expertos en robarse las gallinas y los cerdos luego de adormecerlos con misteriosos bebedizos, de brujos que paraban los relojes en el minuto exacto que marcaban cuando alguien expiraba y enseguida desprendían una teja del techo para que el alma del difunto no quedara encerrada, de monjas que decían que el rey David no había seducido a la mujer de Nabal con regalitos sino con un pocillo de café cerrero..." (pág. 149).

De voz en voz el autor va narrando hechos envueltos en velos fantásticos; el caudillo que agradece con un breve discurso que desborda las proporciones una medalla de oro con la que ha sido condecorado por los notables de Ciénaga: "Pero a mí nadie viene a manotearme en la cara. A esa gente de lengua disfrazada les digo que mi vida es una casa de cristal y que si quieren ponerme fuera de la

ley yo los pondré fuera del mundo. Lo que están es furiosos porque el pueblo me quiere. Y me quiere porque nunca les hablo de ciudades construidas con zafiros de la aurora «yo les vendo amuletos, perfumes, baratijas» y porque un día en que casi me tragan las arenas movedizas vieron cómo yo mismo me saqué del pelo» (pág. 173). Largas páginas sin alivio, de imaginación desbordada de buen cienaguero, salpicadas de humor costeño, de chistes, historias del Caribe, exageración ariana, asuntos de herejías, lugares comunes o interpretaciones fáciles de pasajes de la Biblia por parte del caudillo, o por Alejandro Amarales, pero podría ser él o cualquier otro, y la novela sigue siendo terriblemente poética pero el lector o la lectora se ahogan entre figuras y ya no se sabe quién habla, quién narra, quién cuenta y quizás esto no importe pero sí importa porque hay exceso y también lo hay a lo largo de toda la novela en el uso del paréntesis que es tan bonito porque es sutil; sin embargo, no hay duda, las frases están bien escritas, la puntuación es buena, Crespo es un conocedor del uso del lenguaje.

Los personajes femeninos son prácticamente inexistentes, a pesar de que existen, a pesar de sus nombres tan bellos: Clemencia Isaura, Irene Ortega, Cristina Torres, Laura Matilde Viana, Lilibiana de Armas, Lucía Mancini, Mari Tere Noguera, y se mencionan porque son «mujeres de mala vida» o porque ellas cuentan que alguien cuenta. *Largo ha sido este día* es una novela de nostalgia («sentía que la nostalgia no es sino un fuego que se va propagando a contraviento») o de melancolía («se daban plenilunios en que incluso el recuerdo de las horas felices destilaba una fragancia de melancolía» (pág. 144), donde mezcla la ficción y la realidad, la historia y el mito, el recuerdo de la vida cotidiana y la invención; son pequeñas anécdotas unidas, una tras otra, en boca de las gentes.

El narrador se empeña en el pasado, en su ilusión pasajera, quiere revivir «los tiempos en los que en Ciénaga se daban las uvas moscateles» (pág. 7) y las horas de la caída del sol, y los colores de las trinitarias y los olores

de la guanábana y del níspero y la sombra del hicaco para escuchar fantasías, la niñez. Quisiera domeñar el tiempo y ese es su dolor: «Eramos niños, sabíamos jugar» (pág. 244).

José Manuel Crespo (Ciénaga, 1942) es un escritor consagrado: veinte años de trabajo, cinco libros de poemas editados y ésta es su tercera novela publicada. *Largo ha sido este día* es el quinto premio en el concurso nacional de novela de Plaza y Janés. «Es la novela de un poeta», dice el jurado del concurso.

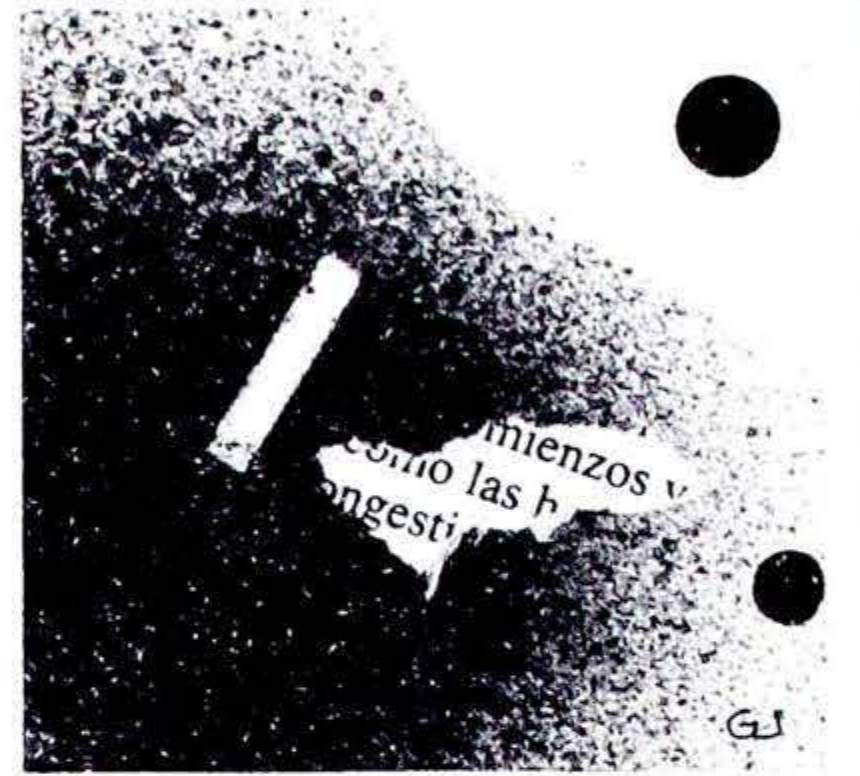
DORA CECILIA RAMÍREZ

Petronio: entre la ilusión y la locura

El bulevar de los Héroes
Eduardo García Aguilar
Plaza y Janés, México, 1987

Eduardo García Aguilar nació en Manizales en 1953, estudió en Francia y en la actualidad vive en la ciudad de México. Su primera novela se llamó *Tierra de leones*. Tiene, así mismo, publicadas las prosas intitulas *Cuaderno de sueños* y *Palpar la zona prohibida*, lo mismo que el libro de poemas *Ciudades imaginarias*. En realidad estamos ante un joven y profuso escritor.

Su novela, la que aquí nos atañe, *El bulevar de los Héroes*, trata de un recuerdo a través de los más azarosos laberintos, desde la lejana provincia de Manizales, pasando por recodos de la selva o por anchos llanos o por caudalosos ríos, que no son obstáculo mayor para Petronio Rincón, utópico soñador del decenio del sesenta, quien pretende revolucionar una república de los Andes, pero quien es traicionado y cae en manos de las autoridades que lo destierran a París, metrópoli nostálgica



y escéptica. En su exilio involuntario conoce a una apasionada estudiante de sexología, una bella francesa de concepciones y conexiones anarquistas, embelesada con América Latina. Se trata de Adela Dampierre, quien es asesinada por el fascista Werner Gerhardt en confusos hechos. Gerhardt, tras la caída del tercer Reich se había escondido en la República de los Andes, de donde era oriundo nuestro héroe Petronio Rincón, pero al sentir los pasos de los cazadores de nazis se escabulló y fue a parar a París, disfrazado de terrorista. El azaroso dédalo de la memoria novelada está contado en intervalos de tiempo estructurado como presente, pasado, presente. La tendencia intrínseca de la narración se precipita cuando «el loco» Rincón venga la muerte de su enamorada Adela Dampierre. Posteriormente es recluido en el hospital de Saint-Louis, de donde la alucinación de la novela lo llevará al nihilismo del más allá, a la realidad inexistente de las utopías, ya sea en Libertilandia o en el bulevar de la Felicidad, donde viven los utópicos y los libertarios de todas las épocas. Es allí el bulevar de los Héroes. Este lugar de la conciencia o de la realidad no se halla en ninguna parte.

Toda novela es una forma particular de movimiento, pero el tiempo que deviene en Petronio Rincón es un tiempo natural, humano, pues nuestro tiempo es manejado por nuestra conciencia como una abstracción. Somos lo que no somos y somos lo que debemos ser. Somos una pluralidad móvil. Este movimiento real per-